

Manantiales



Reseña

*El vino de
Luis Mateo
y el de la
ministra*

José Ma. Fernández

Me ocupo de cómo las bebidas

alcohólicas, particularmente las derivadas del cultivo de la vid, conforman un estilo de vida y una peculiar visión del mundo; y lo hago mediante el análisis y estudio del alcance y significado de las citas a la bebida que aparecen en dos libros de Luis Mateo Díez y uno de Julio Llamazares.

Luis Mateo Díez nació en Villablino (León) en 1942. Entre su obra narrativa figuran, además de las primeras, *Memorial de Hierbas* (1973), *Apócrifo del clavel y la espina* (1977) y *Relato de Babia* (1981), otras fundamentales en su carrera literaria, *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986), por la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica y *Las horas completas* (1990).

Aunque en casi todas sus obras se hallan datos interesantes sobre el tema que nos ocupa, nosotros hemos elegido, en este orden, *Las horas completas* porque en ella el alcohol aparece como un recurso eficaz para la liberación de los demonios personales y *Las estaciones provinciales* como muestra de un estilo de vida colectiva.

Julio Llamazares, también leonés, es autor de relatos capitales en la narrativa actual, como *Luna de lobos* (1985), *La lluvia amarilla* (1988) y *El río del olvido* (1990).

Aquí sólo nos ocupamos de otro libro suyo atípico: entre humorístico, irónico y reivindicativo de un personaje que adquiere la categoría de símbolo o mito y que utiliza el alcohol (el orujo) como fórmula para salir del rebaño de la colectividad anónima y aunque para algunos el camino elegido sea degradante, para otros es una vía de la fama por la que este personaje heterodoxo pasa a la historia. Nos referimos a *El entierro de Genarín*, subtítulo *Evangelio apócrifo del último heterodoxo español*, publicado inicialmente en León, Ediciones del Teleno, 1981.

De la ministra, Elena Espinosa, aquí, nada ¿Labor de creación? De destrucción.

Hechas las hipótesis de trabajo y las presentaciones de los escritores que nos sirven de fuente de información, pasamos a ocuparnos en primer lugar de *Las horas completas*, relato que se sitúa en la ciudad provinciana de León y en los pueblos y el campo de sus alrededores. La novela, de costumbres y aventuras, utiliza el viaje de un grupo de canónigos que salen a merendar a un pueblo cercano para contar multitud de historias entre reales y fingidas que recuerdan, al paso de las horas, la peripecia personal oculta que aflora, en buena medida, con la ayuda de un extraño personaje y de la bebida.

El resultado es que el grupo de canónigos protagonistas de *Las horas completas* "desembuchan" sus secretos mejor guardados y lo hacen mediante un recurso ya utilizado por Cervantes, el de insertar en el relato multitud de historias, las narradas por las lenguas que desata el vino.

De esta manera, en la novela de Luis Mateo la buena mesa (comida y abundancia de bebida) y el extraño personaje, entre pícaro, sabio y sinvergüenza provoca la catarsis, la purificación y el descargo de conciencia de los canónigos y de otros personajes que aparecen en la trama del relato.

No es fácil formarse una idea exacta sin leer la novela, pero vamos a mostrar, mediante citas textuales, cómo parece que existe una relación de causa efecto entre la bebida y el hablar sin trabas, dejando que fluya libremente la conciencia. [Cito por la edición de Alfaguara, 1990]:

"Cogió la botella y se la dio a Manolo" [P.126].

"¿Cómo podrá creerse que no llego cocido, con el tufo que voy a llevar?" [P. 127].

"La última botella de vino de misa no duró ni tres celebraciones" [P. 127].

"El perro asomó bajo la cuba" [P. 127].

"El sacristán había hecho un gesto goloso y necesitado y Manolo le servía una copa" [P. 127].

"Dalmacio había vuelto a acercar la copa para que se la rellenaran. Manolo alcanzaba otra botella" [P. 128].

Después de estas y otras libaciones, Dalmacio empieza a hablar; cuenta que venía en compañía de su perro, atajando por unas huertas y “de pronto, este condenado cazón que se pone a husmear y alza el rabo y, casi sin que yo me entere, levanta una pareja, que para qué voy a detallarles las condiciones en que estaban allí afanados estropeando las berzas del dueño del huerto. Que esa es otra, le cogen gusto a un sembrado o a una pradera y el perjuicio no es ni para contarlo” [P. 130].

Como el vino sigue corriendo porque “según hablaba se había hecho con la botella” [P. 130], añade:

“Si les digo quiénes me parecieron que eran los que levanté -dijo Dalmacio volviendo a llenar la copa-, igual les da un soponcio. La gente está desatada. Qué condición ésta, que no hay quien nos quite la obsesión de poner una pica en Flandes. Al arrimo de quien sea. Qué jodido Severino.” [P. 130].

La bebida y el ambiente tabernario sigue presente hasta permitir hacer el descargo de conciencia mediante el relato de los propios sueños, de los más íntimos y ocultos:

“Decía don Benito, decidido a servirse media copa de orujo” [P.133].

“Me di al alcohol que era un vicio que yo no conocía” [P. 133].

“Fui escurriendo una a una todas las botellas, fueran de lo que fueran” [P. 134].

“Vacío la copa. Don Ignacio se había sentado... [P.134]

Aseguró el sacristán, mirando la copa vacía en la mano” [P.134].

“Dalmacio había depositado la copa vacía en la mesa” (p. 135).

“Don Ignacio vio la mano temblorosa de Dalmacio acercarse a la botella y acariciarla” (p. 136).

“Dalmacio acercó la botella a la boca y bebió un trago” [P. 138]

“Otra vez la botella a la boca, mientras el perro gruñía” [P. 139].

“Don Ignacio adivinó el rastro de la botella sobre la mesa” [P.144].

La situación desemboca en la narración de uno de esos momentos culminantes que normalmente sólo se encuentran en estas circunstancias:

“Y ella me siguió acariciando un instante la mano, y luego me dijo: anda, anda, espérame mañana en el chozo del tejear que allí hablamos más tranquilos, pero madruga que yo tengo que ir muy temprano por aquellas viñas.

Dalmacio bebió un largo trago. El perro rebulló, inquieto, como si de veras la oscuridad le amedrentara.

—Lo que hicimos fue igual que lo que soñé —continuó en seguida— y perdónenme ustedes si refiero algunos detalles de aquella circunstancia, todo esto ya lo tengo confesado y absuelto. De hablar tuvimos poco tiempo, porque pronto se demostró que éramos ambos los que estábamos necesitados y que la misma obsesión nos guiaba, como si aquel encuentro estuviese aplazado desde hacía, al menos, doce años. [...]

Igual que el sueño, como les digo, se sometía ella a mis caprichos y yo a los suyos, que no eran pocos” [P. 145].

La otra novela de Luis Mateo Díez, *Las estaciones provinciales*, ofrece una radiografía callejera, vital y metafórica de una ciudad de provincias —León—, y hace girar a los mediocres protagonistas en torno a un mundo, uno de cuyos ejes centrales son las tabernas y los cafés con los vinos, los orujos, las cervezas y los carajillos casi continuos. Por eso, las preguntas sin respuestas que se formula un personaje le encaminan a la “sombra casi sepulcral del Isma para hacer por la vida con un café doble y una ensaimada de desecho” [P. 15]; y mientras, “en la barra Celedonio (le) enseñaba un pocillo sin asa” [P. 15] y Venceslao el cerillas murmuraba: “—toda la ciudad huele a chamusquina—” [P. 15] y añadía: “Mojé la ensaimada en el café y me vi en el espejo de las estanterías, entre el anís de las Cadenas y el licor de Lima” [P. 15].

Poco más adelante otros personajes, Afrodisio y Benito, aparecen “acomodados en la sacristía del Curuqueño, un espacio de la bodega que Restituto reserva para los amigos, entre pipas y pellejos que exhalan el fresco aroma de la pez y las humedades etílicas, (y van) recomponiendo los ánimos despedazados, aplicán--do(los) al porrón con gaseosa y a la ensalada con chicharro”. [P.37]

Apenas ha transcurrido tiempo y otra vez “Benito Calamidades bebía una cerveza en la barra. Tenía la sariana al hombro y la camisa remangada. Sus ojos enrojecidos y brillantes denotaban el efecto del alcohol. Cuando me zurro de prisa se me enciende la linterna, acostumbraba a decir. Estaba claro que aque lla tarde se había zurrado.

—Vamos a sentarnos ahí atrás -me indicó- ¿Qué tomas?

—Cerveza

—Chaval, ponnos dos botellines" [Pp.51-52].

[...]

“Calamidades bebía la cerveza como si devorara una sed de siglos” [P.52].

Pasamos de taberna en taberna y sólo cambian los nombres de los personajes. “En el bar Minero recalaban los ferroviarios apostados en la barra con la tartera envuelta en la servilleta anudada y los ojos escocidos por el humo y la carbonilla.

Domingo, el dueño, un minero silicótico y viudo, atendía el -negocio sirviendo y bebiendo a partes iguales”[P74].

“Los ojos de Domingo destilaban un humor acuoso. El alcohol parecía brotarle de las pupilas.

—¿No cierras unos días?

—Si cierro es para ir al pueblo a ver a mi madre. Y allí sólo hay leche.

—Le das unas vacaciones al hígado.

—El hígado, Parra, necesita su cuartillo cada hora. Para mí el bar es como para el cura la iglesia. El cura, el más cristiano, y yo...

—Un día, si quieres, me sacas en el papel. Echamos cuentas de los vasos que llevo bebidos, medimos el vaso y calculamos me

tros y kilómetros. Luego la cantidad por cuartillos y litros. Con una pizarra y un pizarrín lo cuadrábamos sobre la marcha...” [P. 75].

Y así historia tras historia, personaje tras personaje, penuria tras penuria y encuentro tras encuentro: Una machacona cita social con las botellas que marcan en las estaciones provinciales un estilo de vida.

El tercer caso que ilustra este recorrido literario por las tabernas y las bebidas alcohólicas es el de Genarín.

Poco antes de las doce de la mañana del Viernes Santo, y en la carretera de los Cubos de la ciudad de León, junto al cubo tercero de la muralla, el camión de la basura atropelló y mató a un hombre. “El muerto se llamaba Jenaro Blanco y Blanco, contaba unos sesenta años de edad y se dedicaba a la compra ambulante de pieles de conejo”. [P. 12. Cito por ediciones Endymión, 1988].

El Diario de León del 30 de marzo de 1929 comenta la noticia en los siguientes términos: “Había muerto Genarín, el pellejero amante del orujo y cliente sempiterno de tabernas y prostíbulos, conocido y querido de todos y cada uno de los veintipico mil pobladores de aquel León humilde de finales de los años veinte, de aquel León con regusto todavía a pueblo grande” [P.12].

Un azar “cuasi” milagroso quiso que “un grupo de bohemios leoneses, mitad búhos, mitad poetas, que, a contrapelo de leyes y costumbres, todas las noches de Jueves Santo, cuando el reloj de la Plaza Mayor desgranaba las doce campanadas que preceden al reino de las brujas y los muertos, recorrían en cortejo las calles de la ciudad desgranando sus versos alcohólicos a la luz del candil o de la farola” [Pp. 12 y 13) en memoria y recuerdo de Genarín, fuesen el germen de la Cofradía que le recuerda y venera.

“Poco era lo que los [...] evangelistas de la recién fundada Cofradía de Nuestro padre Genarín conocían de la vida privada de su santo patrón, excepción hecha de sus descomunales y empalmadas borracheras de aguardiente, su profesión terrenal de -pellejero ambulante y sus prolongados ritos espirituales en el

burdel de la “Bailabotes”. Genarín había llevado siempre una vida silenciosa y humilde, alejada de lutos y ostentaciones, y la primera tarea de la Cofradía fue la de rescatar de las garras del olvido los máximos restos biográficos que aún pudieran encontrarse en la memoria de la ciudad. De este modo, y a través de los romances en que aquellos quedaron plasmados, han podido llegar hasta nosotros su figura y enseñanzas de forma tan fiel y fidedigna que, -- al hilo de su cumplimiento, podemos merecer algún día la dicha de “sentarnos a la derecha de su trono celestial”. [P. 14].

Los actos de la Cofradía se concretaban en el entierro, que -- “comenzó a celebrarse desde el primer aniversario de la muerte de Genaro. Aquel año -noche de Jueves Santo de 1930— apenas unas docenas de leoneses fieles acompañaron a los evangelistas y apóstoles en el fervoroso víacrucis que recorrió las calles del casco viejo poniendo un punto de pavor, orujo y poesía en el monótono discurso de la Semana Santa. De allí en adelante, el número de procesionantes iría creciendo año a año en progresión geométrica hasta alcanzar la cifra de cinco mil personas en el entierro de 1957, último de la primera era.” [P. 61].

Julio Llamazares comenta:

“Aquello desbordaba con creces la paciencia de la bienpensante sociedad del León de la posguerra. Al día siguiente, un - famoso cronista provincial, ex seminarista y corresponsalista, llamado Lamparilla —nombre muy en concordia—, levantaba su voz escandalizada en el periódico. El artículo llevaba el ilustrador y contundente título de “Entre curdas y gamberros”:

“Me habían alarmado con la noticia. Parecía revestir incluso alguna insolente gravedad, como un desafío a cosas muy metidas en la entraña del pueblo español. Algo así, además, como si una vergonzante y vergonzosa manifestación de izquierdismo pretendiese levantar cabeza.[...].

Pero no deben alarmarse quienes me alarmaron. El vinazo y el mal gusto aliados hicieron todo [...].

¡Eso ha sido todo! Ordinariez y exceso de copeo. Porque no puede llamarse humor recordar la muerte de un pobre hombre

atropellado por un camión soplando vino y orujo en el lugar del atropello. De humor tiene poco. Ni aún macabro. Y si se adoba con versos está peor. Como el azúcar de la frase de Arrieta.

Eso no es humor. Ni reverencia a la memoria de un muerto. A no ser entre ciertas tribus salvajes de taparrabos de plumas y anillos en la nariz que bebían licores raros ante los muertos. Pero Puerta Castillo no es el África Central.

Consideren todo esto los protagonistas. Y no volverán a dar ese espectáculo entre tabernario y primitivo que sólo Velázquez en caso algo parecido de parodias plasmó en su burlesco e inmortal cuadro "Los borrachos" [P: 63].

Queda, por lo tanto, claro que en vida Genarín fue una cuba de orujo viviente y queda también claro que el mito o símbolo de Genarín se mueve entre dos polos, además de opuestos irreconciliables, como son el espectáculo subversivo y libertario frente al de la moderación y el orden.

Estos son los planteamientos y ahora, para sacar conclusiones, estamos en condiciones de señalar cuál es el papel que desempeñan el vino y el orujo y otras bebidas alcohólicas en los hábitos sociales y en los personajes que aparecen en las obras señaladas.

En *Las horas completas* la bebida es, según se mire, el catalítico que provoca en los canónigos una reacción, la del descargo de conciencia, o el alter ego del psicoanalista que consigue liberar a los canónigos de los impulsos instintivos reprimidos por la conciencia y que por lo tanto, les cura de la enfermedad mental del tabú social y del "qué dirán", más acentuado en su caso por la profesión o dignidad eclesiástica que ostentan.

Aunque sólo fuera por esto, *Las horas completas* encierran una interesantísima filosofía de vida. Decía Camilo José Cela en el prólogo a su *Diccionario del erotismo* que "la sobriedad puede ser una heroica virtud de caballeros cuando viene impuesta por las circunstancias, pero la sobriedad gratuita no conduce a lado bueno alguno y, además, produce palidez, disnea del fuelle, dureza de vientre y una tristeza infinita. Dios no hizo al hombre para que re-

chace las bendiciones que puso al alcance de su mano: el caviar iraní o el corderito castellano, el vino de uva y el aguardiente de orujo, las huríes del paraíso de Mahoma o mi vecina Marujita..”

Y, tal vez, lo más importante es que el vino con moderación ayuda a las personas a ser más felices porque suelta la lengua y los hombres nos encontramos con nosotros mismos. Si no es así no se explicarían las sublevaciones populares en protesta por la prohibición de las fiestas bacanales. El Senado (año 186 A.C.) las consideraba perniciosas y atentatorias contra la seguridad del Estado y perseguía con duras penas a quienes tomaban parte en ellas. Son historias que se repiten. Siempre los poderes públicos prohíben las expansiones del pueblo, sean éstas las fiestas báquicas o los carros de la farándula en otra época; en cambio el pueblo apuesta por estos desahogos y repite lo de “viva el vino y las mujeres”.

Lo que no parece tan claro es que la opción individual de *Las horas completas* se pueda convertir en norma de vida porque en la práctica esta norma resulta bastante mediocre en *Las estaciones provinciales*. La visión del problema le ha permitido a María Dolores de Asís en *La última hora de la novela en España*, EUDEMA, 1990, p. 370, afirmar que “los personajes tan peculiares y excéntricos que pasan por sus páginas, los ha sacado —es su expresión (la de Luis Mateo Díez, en *El Urogallo*, núm. 18)— de la fauna y flora del jardín de la provincia... observándolos con malevolencia y con humor [...]. Todos son exuberantes, pero no hay ninguno que no tenga un anclaje en la realidad”.

Hay un ambiente opresivo en la novela. Las tabernas y los hábitos cotidianos se convierten en el indicador externo de un estilo de vida nada aconsejable, que no es otro que el de “la violencia y prepotencia de la policía; la censura de prensa; las represalias políticas; el amaño de las elecciones municipales; las componendas del poder”, etcétera, que aparecen en la novela. [De - Francisco Rico: *Historia y crítica de la Literatura española*, Barcelona, Crítica, 1992, vol. 9, p. 338].

El vino, por lo tanto, puede ser beneficioso, pero también puede conducir a un estilo de vida mostrenco, según pasemos de un criterio individual a otro colectivo. En el primer caso se sitúan - *Las horas completas* y en el segundo *Las estaciones provinciales*.

La historia de Genarín y del trasiego continuo de orujo de la botella al estómago tiene, desde mi punto de vista, un paralelismo con un tema que Camilo José Cela sentenciaba así:

“A mí me parece —y que, si yerro, me corrija quien sepa de correcciones (absténganse los aficionados)—que con los pecados de la carne pudieran hacerse, así a primera vista, dos grandes - grupos: el de los que pueden adscribirse a la noble memoria del arcipreste de Hita y tener arreglo y reparación suficiente en el - sacramento de la penitencia, y el de los que resultan parientes del marqués de Sade o del doctor Masoch y sólo se reparan - y jamás sin dejar algún residuo contaminador y pudridor- en el diván del psiquiatra. Estos son los malos y peligrosos, los que imprimen carácter y deforman y adormecen las voluntades, que los otros son bien llevaderos y no se recuerda que hayan matado cuerpo o alma alguno. Los pecados jolgoriosos y tumultuarios, los saludables pecados alegres y montaraces, a lo mejor, hilando muy delgado, hasta son una llamada a la vida sencilla y montaraz.” [Del prólogo al *Diccionario del erotismo*, p. V].

También con lo del vino podemos decir lo mismo; los pecados frecuentemente son saludables y alegres y, por lo menos el vino (mejor la filosofía del vino) de los personajes de Luis Mateo Díez está en la línea de los pecados de la carne del arcipreste de Hita. De lo que no estamos ya tan seguros es del consumo de orujo tal como lo hacía Genarín. El asunto es cuestión de particular juicio, no de apriorismos ni condenas de cambiantes censores sociales.

La mayor parte de lo anterior lo había escrito y lo envié como aportación humanística a las Jornadas de Viticultura y Enología de Tierra de Barros. Entonces tenía su razón de ser como trabajo sobre el vino y la literatura. Ahora adquiere nueva actualidad porque la ministra quiere destrozarnos, quiere cambiar un estilo de vida de una España civilizada y lógica por otro necio y

mostrenco que sólo se justifica por un afán estúpido de prohibir y de controlar. Este gobierno prohíbe beber vino y hablar español en España. Este gobierno prohíbe.

La ministra española, Elena Salgado, (del gobierno de Zapatero) quiere prohibir el vino.

La ministra española es muy dada a prohibir. Lo suyo es -prohibir.

La ministra seguro que ignora que en el libro del Éxodo, en la Biblia, Moisés, que va a morir, se despide de su pueblo, pero antes:

Le hizo cabalgar por las montañas
lo alimentó con frutos del campo
le dio a gustar miel de la peña,
aceite de la dura roca
cuajada de vaca y leche de ovejas
grasa de corderos
toros de Basán y machos cabríos
flor de trigo en abundancia
y como bebida
sangre fermentada de la uva.

Le dio lo mejor y, entre ello, el vino. Y la ministra española, Elena Salgado, lo prohíbe.

La amada en el *Cantar de los Cantares* de Salomón evoca los placeres y la dulzura del amado acudiendo a la metáfora del vino:

Que me bese con besos de su boca.
Son mejores que el vino tus amores,
exquisito el olor de tus perfumes,
tu nombre es aroma que se expande,
por eso te aman las doncellas.

Pero la ministra española lo prohíbe. Prohíbe el vino.
Prohíbe.

Pérez de Ayala, en *Tinieblas en las cumbres*, recomendaba a un personaje, una fórmula para salir de la angustia vital:

“Ya lo sabe usted, querido Alberto. Come, bebe, fornicación. Si se te presenta un placer, gózalo, pero no lo apures hasta hartarte o estragarte.

Come, bebe, fornicación, rodéate de rosas y de sonrisas y puesto que todo es vanidad, después que mueras que te quiten lo bailao”.

Pero la ministra española prohíbe los placeres de la vida. Prohíbe el vino. A ella qué coños le importa.

En un epigrama del griego Alceo, sabedor de que de la muerte no se regresa, recomendaba:

Bebe conmigo, embriágate, Melánipo
¿Qué piensa que una vez pases, el freo
del Aqueronte, habrás de ver de nuevo
la pura luz del sol? No esperes tanto
Ya Sísifo, el más sabio de los hombres
se creyó haber la muerte sometido
pero cruzó, siguiendo a su destino
dos veces, con ser sabio, el Aqueronte;
y lo tiene penado el rey Crónica
bajo la tierra oscura. No, no esperes
si acaso, es siendo joven, cuando debes
gozar de lo de aquí que Dios te envía.

Pero la ministra española, Elena Salgado, te prohíbe gozar de lo que Dios te envía, del vino.

En el Nuevo Testamento las palabras de Cristo obran la transustanciación y para ello se vale del pan y del vino, los dos elementos por excelencia:

“Mientras cenaban, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:

—Tomad y comed; esto es mi cuerpo.

Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo:

—Bebed todos de ella, porque ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados. Os digo que ya no volveré a beber el fruto de la vid hasta el día que lo beba con vosotros, nuevo, en el reino de mi Padre”.


¿Será que la ministra española, Elena Salgado, también es laica? ¿Prohibirá por eso el vino?

¿Será que la ministra española no ha probado el vino?

¿Será que la ministra española quiere prohibir las bebidas más características de cada pueblo?

¿Qué le pasaría a la ministra española si va a México y quita a los mexicanos el tequila? pues... probablemente se ríen de la ministra y le contestan con Azúcar Moreno:

Y cómo quema,
pero es tan buena,
te pides otra,
casi sin respiración.

Te pides otra casi sin respiración que es lo que hace el pueblo con las ministras necias. Te pides otra. 

José Ma. Fernández. Doctor en Filología Románica por la Universidad de Oviedo. Profesor e investigador en la Universitat Rovira i Virgili en Tarragona, España. josemaria.fernandez@urv.net
[Recepción: 20-02-07. Aceptación: 27-03-07].